r2

LA RAZÓN

Cultura
Un ensayo recoge el escándalo que desencadenó en Francia la concesión del Premio Goncourt a Marcel Proust ***Págs.32-33***

Cultura
Ferran Adrià explica su faraónico proyecto de la Bullipedia a pocos días de abrir ElBulli1846 en Roses ***Pág.34***

Sociedad
Las emisiones de CO2 vuelven a dispararse en el mundo a cinco días de la Cumbre del Clima en Madrid ***Págs.36-37***

Detalle de una camiseta de Zara para adultos con la imagen de Hello Kitty

«Estética cuqui»: contra el miedo, la cursilería

PEDRO ALBERTO CRUZ

El filósofo británico Simon May –que adquirió relevancia en 2011 por «Love: A History»– acaba de lanzar en castellano su último y sorprendente ensayo: «El poder de lo cuqui» (Alpha Decay). El concepto de lo «cuqui» –«cute» en inglés– se utiliza para designar a todas aquellas cosas de pequeño tamaño, «monas», achuchables, de peluche, las cuales despiertan ternura y empatía. El componente estético de estos objetos actúa como un imán para nuestras emociones y los sitúa en el epicentro de nuestra pulsión consumista. Para May, iconos de la cultura popular como Mickey Mouse, Hello Kitty o Pikachu constituyen paradigmas de esta «estética cuqui» que tanto predicamento tiene entre la sociedad actual. Contemplado desde una perspectiva histórica, lo cuqui supone una derivación descafeinada y cursi del pop. Si el movimiento surgido en la década de los sesenta poseía una irrenunciable dimensión crítica, lo cuqui, por el contrario, carece de cualquier componente cuestionador y se limita a ser una versión tontorrona y empalagosa de lo que los franceses llamaban la «joie de vivre» –«alegría de vivir». Para Simon May, el protagonismo de lo cuqui en la cultura contemporánea obedece a su identificación como un «valor refugio» frente a lo que Ulrich Beck denominó la «sociedad del riesgo». Vivimos en un momento de inestabilidad, en el que el futuro se muestra más incierto que nunca. Cada día parece ser la víspera de la gran catástrofe, las horas previas a la temida jornada de la extinción. La gente tiene miedo y, con el fin de huir de este pavor, se refugia en la simplicidad edulcorada de la «estética cuqui». Combatimos el miedo con la cursilería, con la vaciedad almidonada, que es como decir que nuestra alternativa a la catástrofe es la negación de nuestra inteligencia. Lo cuqui es una respuesta emocional a un mundo de incertidumbre. Pero, ¿cuál es la naturaleza de estas emociones? En un momento histórico ciertamente crítico, en el que, más que nunca, se necesita una potenciación de los comportamientos inteligentes, lo emocional se ha depreciado en la forma de lo sentimental. E incrustado en este tsunami de sentimentalismo pringoso, lo cuqui ha invadido las arterias de nuestra sociedad como un mal epocal. Huimos del Apocalipsis para refugiarnos en un edén bobalicón. Si a través del miedo nos adocenan como sociedad, a través de lo cuqui nos castran en tanto que individuos pensantes. Pasamos del terror a la felicidad espumosa, que, en definitiva, son ramas del mismo tronco.